

31 de marzo.

2 de abril.

1814.
10 de abril.Abdicación de Napoleón.
14 de abril.

garon á Marmont á capitular, y los aliados entraron en la capital sin desórden y sin imponer contribuciones. Reunido el Senado, se decretó la destitucion de Napoleon y de su familia, y los aliados declararon que no entrarian ya en pactos con esta.

Todavía, despues de haber entrado en Francia el enemigo, y aun despues de ocupada la capital, podia defenderse el país mediante la guerra popular; pero no se obtienen los sacrificios que esta requiere sino á costa de concesiones, y Napoleon quiso mas bien ceder el trono á los reyes que tratar con los pueblos. Déspota como los emperadores romanos, cayó como ellos cuando el ejército se creyó con derecho para decidir. Soult, que defendia aun los Pirineos, dió en Tolosa una batalla contra Wellington, última y desgraciada protesta de la bandera tricolor, y hasta por aquel punto entró el enemigo y encontró en el país partidarios. Todos se apresuraron entónces á arrojar su piedra al caído, á echarle en cara la muerte del pensamiento, la extincion del comercio, la pérdida de la libertad, la humillacion de Francia á los piés de los caballos húngaros y cosacos cuando le habia sido entregada en el colmo de la prosperidad. Habiendo proclamado los aliados que el único obstáculo para la paz era el emperador, se fué á pedir su abdicacion al palacio donde no hacia mucho tiempo tenia preso á Pio VII. Napoleon, declarando « que no habia » sacrificio personal, ni aun el de la vida, que » no estuviera dispuesto á hacer por el bien de » Francia y por la paz del mundo, » abdicó las coronas de Francia é Italia, reservándose la soberanía de la isla de Elba para sí, los ducados de Parma y Plasencia para María Luisa, dos millones de francos de renta para sí, uno para Josefina, y para Eugenio un establecimiento fuera de Francia. De los pueblos no habló palabra.

Su último adios no fué á la nacion, sino al ejército: « ¡Soldados! dijo; en veinte años que » hemos militado juntos, siempre quedé satis- » fecho de vosotros, siempre os encontré en el » camino del honor. Toda Europa se ha armado » ahora contra mí; quienes ménos debian me » han faltado; Francia quiere cambiar de situa- » cion. Vosotros, fieles como sois, podríais » vencer de nuevo, pero detesto la guerra civil: » ceda mi interes al interes de Francia. Yo me » marcho de este suelo; vosotros conserváos fie- » les al nuevo príncipe. No me lloréis; seré feliz » si sé que lo es la Francia: escribiré las gran- » des cosas á que juntos hemos dado cima. » Y abrazándolos á todos en la persona de su general y besando el águila, añadió: « Adios, com- » pañeros, mis votos os seguirán siempre; no » me olvidéis. » Todos lloraban en torno suyo; pero las ideas de paz halagaban de tal manera á la generalidad, que Napoleon, al retirarse á la isla de Elba, se vió obligado á disfrazarse para poderse librar de los insultos populares. Se lamentó la situacion del hombre que habia

hecho tantos ingratos; pero ninguno deploró su caída, si bien no pocos sintieron que fuese debida á una invasion extranjera.

El gobierno provisional vacilaba entre los diversos partidos que habian cobrado aliento al caer el poder dominante. El partido republicano renovó sus pretensiones; pero Talleyrand, que al oír la noticia de la expedicion de Rusia habia dicho: *Este es el principio del fin*, se apresuró á tender la mano á los que venian, y él y Pozzodiborgo hicieron circular el nombre de los Borbones, en los cuales los reyes pensaban poco, y ménos aun los pueblos. En el Senado se discutió una constitucion improvisada bajo el influjo de las bayonetas, pero que aseguró las libertades entónces negadas; y por obra de los antiguos jacobinos fué la Francia restituida á los Borbones, los cuales se hicieron preceder de proclamas, vacilando entre la necesidad de prometer y el miedo de prometer demasiado.

CAPÍTULO XV

Italia. — Vuelta de Napoleon.

El reino de Italia fué creacion nobilísima de Napoleon, por mas que este le dejara falto de aquella unidad y grandeza que se esperaba de su voluntad, la cual era la misma para toda grande empresa, y por mas que no hubiera interrogado al pueblo, sino ántes bien cada día hubiera reducido á Francia á condicion mas servil. La constitucion republicana dada en el consejo de Lyon no tuvo necesidad de ser modificada, y sin cambiar mas que el nombre, en un abrir y cerrar de ojos se encontró monárquica. Confirmáronse algunas garantías obtenidas en Lyon, y se añadió que la corona de Italia sería distinta de la de Francia, si bien conservándose ambas unidas en la cabeza de Napoleon hasta que cesara todo peligro, y que serian hereditarias en los hijos varones, ó en un adoptivo, con tal que fuese ciudadano frances ó italiano. El consejo habia pedido: un estatuto que garantizase la religion católica, la integridad del territorio, la libertad política y civil, la irrevocabilidad de las ventas de bienes nacionales, que no se establecieran impuestos sino por medio de leyes, que no se confriesen empleos sino á súbditos nacionales; pero Napoleon no se dió por entendido de nada de esto.

Los Italianos, con aquel entusiasmo que las mas veces no es sino la expresion de la esperanza, y que se desvanece con ella, se afanaron preparando arcos de triunfo con aquellos mismos árboles que ántes eran árboles de la libertad. Napoleon lo reglamentó todo, hasta los trajes teatrales, cuando vino á Italia para renovar la ceremonia pomposa de la coronacion; y poniéndose en la catedral de Milan la corona de hierro, « para darle mas temple y vigor, y » para que Italia dejara de ser despedazada por » las tempestades que en adelante pudieran so-

7 de junio.

» brevenir, » dijo: *Dios me la ha dado; ¡ay de quien la toque!* lema que trató de perpetuar en la cruz de una nueva órden de caballería. Abrió en persona el cuerpo legislativo, y nombró virey á Eugenio Beauharnais, su hijo adoptivo, á quien estaba seguro de encontrar sumiso y mediano gobernador, y que no tuvo el arte de hacerse amar de sus gobernados. Impuso el código civil frances: ordenó que se preparase un código penal y otro de comercio, y luego cerró de un golpe la puerta á la discusion y á las deliberaciones, mandando traducir los códigos franceses. Hubo tambien en Italia juicios públicos, pero sin jurados, y ningun hombre de opiniones libres era escuchado cuando daba su parecer. Se consolidó la deuda pública en el banco de Napoleon. El Senado dió entrada en su seno á los hombres insignes, pero solo por ostentacion, no para que administrasen ni tampoco para que aconsejaran. Los tribunos y los censores de la constitucion no tenian de tales mas que el título; el cuerpo legislativo de los jóvenes y de los ancianos debia votar en silencio, y habiéndose arriesgado una vez á hacer ciertas observaciones, Napoleon se enojó y dijo: que hacerle á él retroceder sería lo mismo que querer dar á la luna un movimiento retrógrado; con lo cual declaró terminada la legislatura (1), y así los Italianos llegaron á convencerse de lo que valia la constitucion. Pero cuatro caminos abiertos en el Simplon, en el Génesis, en el Monte Ginebra, en la garganta de Tenda, reunian el nuevo reino con el imperio, y una corte lujosa, ministros magníficos, embajadores, un instituto, escuelas especiales, pomposas y frecuentes ceremonias, fábricas grandiosas, rodearon á Milan de un esplendor que hacia olvidar la libertad.

El ramo que mas producto rendia á Napoleon en el nuevo reino era la conscripcion: el viaje que hizo á sus Estados Italianos no tuvo otra mira sino la militar, y el establecimiento de cuerpos de reserva en el Po y en el Adigio y de escuadrillas en el mar. Otro viaje hizo despues en 1807, y viajando interrogaba, y con su brevedad excesiva multiplicaba preguntas sobre preguntas, confundiendo al que quisiera pensar ántes de responder. En cada provincia y en cada

(1) Al conde Taverna, presidente del cuerpo legislativo del reino de Italia, le escribió desde Boulogne, en agosto de 1805, lo que sigue: « He recibido la vuestra del 1.º de agosto, á nombre del cuerpo legislativo, y las seguridades que me dáis de su adhesion me son tanto mas gratas, cuanto que en su conducta ha manifestado que no caminaba en la misma direccion que yo, y que tenia otro intento y otros proyectos distintos de los míos. Yo tengo por principio valerme de las luces de todos los cuerpos intermedios, ya sean legislativos, ya sean tambien colegios, siempre que lleven la misma tendencia que yo llevo; pero si alguna vez en sus deliberaciones dieren entrada al espíritu de faccion y de turbulencia, ó á proyectos contrarios á los que yo pueda haber meditado para el bien y prosperidad de mis pueblos, sus esfuerzos serán impotentes; no sacarán otra cosa mas que la vergüenza del vencimiento; porque, á pesar suyo, llevaré á cabo todos los designios y ejecutaré todas las operaciones que crea necesarias para la marcha de mi gobierno y para la realizacion de la grande idea de reconstituir é ilustrar el reino de Italia. »

ciudad se informó de las necesidades de los habitantes, y dictó órdenes y decretos, sin cuidarse luego de la ejecucion.

« En la paz de Presburgo, decia Napoleon, re- » medié los males que me vi obligado á hacer » á los pobres Venecianos en Campoformio y en » Luneville, libertándolos del yugo alemán; y » aquella gente de carácter blando y sumiso se » manifestó contenta viéndose unida á sus com- » patriotas. » Debian restituirse al mismo tiempo » á Francia las Bocas de Cattaro; pero el marqués de Ghislieri, Boloñes, que las custodiaba, por trama de los enemigos de Napoleon, las entregó á los Rusos, y luego se negó á devolver la plaza de Brunao sobre el Inn, por lo cual la corte de Viena hubo de rogar á aquellos que cedieran, é hizo prender á Ghislieri. Pero la Dalmacia y la Iliria fueron despues separadas del reino de Italia y agregadas al imperio frances.

Extendiéronse á las provincias venecianas la constitucion de Lyon y las formas políticas del reino de Italia, y allí tambien se multiplicaron los caminos y los puentes y se regularizó el curso de las aguas. Pero si la administracion marchaba regularmente en la antigua Lombardia, ya acostumbrada á obedecer y pagar, no sucedia lo mismo en los países nuevos, habituados á vivir bajo un gobierno blando y á satisfacer levisimos impuestos. Cuando Napoleon visitó á Venecia, se le proporcionó el espectáculo que mas deseaba, esto es, el de una gran fuerza marítima, y dictó muchas órdenes para el bienestar y prosperidad de la poblacion. Pero esta, que habia prosperado algun tanto bajo el dominio de Austria, entónces, aunque adornada con el título de segunda ciudad del reino y de puerto franco, se encontró sin comercio á causa del bloqueo continental, muerto el tráfico de gargantillas y cuentas de vidrio que era su principal industria, y con los bienes nacionales en poder del Estado ó en manos extranjeras, siendo tan onerosos los impuestos, que muchos pequeños propietarios abandonaron sus fincas, y fué preciso ponerlas bajo la administracion de las municipalidades.

En 1808, Napoleon agregó al reino de Italia las Legaciones de la Romanía, formando con ellas los departamentos del Metauro, del Muson y del Tronto, y dijo á sus diputados en Paris: « Yo vi los vicios de la administracion de vuestros clérigos; los eclesiásticos deben limitarse á dirigir el culto y el alma: bástaos enseñar teología. La Italia decayó desde que los clérigos pretendieron gobernarla. La conducta de mi clero de Italia y Francia es digna de orgullo; pero si en vuestro país algun fanático ó ambicioso quisiere valerse de su influencia espiritual para alterar la tranquilidad de mis pueblos, yo sabré reprimirlo. » Tambien en las Legaciones eran insoportables los impuestos, á los cuales el pueblo no estaba acostumbrado; los conscriptos huían, y Eugenio decia en una proclama: « Os quejáis de que cada decreto publicado en vuestros departamentos

1806.
Marzo.

1.67

» una nueva carga; pero si supiérais leer, yeriais cómo en vez de carga no hay uno de esos decretos que no sea para vosotros un beneficio.»

También el Tirol Meridional fué agregado al hermoso reino itálico, el cual de este modo en veinticuatro departamentos (1) reunía setenta y nueve ciudades y seis millones y medio de habitantes en la superficie de ochenta y tres mil cuatrocientas cuarenta y siete millas cuadradas, organizados á la francesa.

¿Cuándo pudieron tener los Italianos esperanza mas fundada de conseguir la unidad nacional? Pero todo esto era dado, no conquistado. Napoleón consideraba á Italia como país consagrado al bienestar de Francia; desmembraba su territorio segun queria, fundaba ó destruía señoríos, y al mismo tiempo fomentaba la esperanza de que el nacimiento de su segundo hijo aseguraria la independencia italiana (2).

Apénas fundado el reino de Italia, Napoleón suprimió muchos conventos, y luego todos, destinando parte de sus fondos á terminar la fachada de la catedral de Milan. También disminuyó el número de parroquias en las ciudades, y prefirió el de seminaristas. Organizó militarmente los liceos y las universidades, y ya que no otra unidad, decretó á lo ménos la de pesas, medidas y moneda.

Las muchas facultades que tenían los prefectos y la arbitrariedad soldadesca descomponían aquel buen orden administrativo, al paso que la justicia, administrada con publicidad de discusión y de sentencia, venía á quedar perjudicada con los tribunales especiales y con leyes marciales. En 1805, habiendo alzado la cabeza el territorio de Crespino en el Bajo Po, fué declarado en estado excepcional y sometido al arbitrio de un coronel de gendarmería, y para que el emperador tuviese á bien perdonarlo, le fueron entregados cuatro de los jefes de la sublevación, á dos de los cuales castigó con el último suplicio.

En 1809 el archiduque Juan, que hacía la guerra en el Tirol sublevado, dirigió á los Italianos una proclama diciendo: « ¡ Italianos! sois esclavos de Francia; prodigáis por ella vuestro

(1) Adda con Sondrio, Adige con Verona, Adriático con Venecia, Agogna con Novara, Alto Adige con Trento, Alto Po con Cremona, Bacchiglione con Vicenza, Bajo Po con Ferrara, Brenta con Padua, Crostolo con Reggio, Lario con Como, Mella con Brescia, Metauro con Ancona, Mincio con Mantua, Musone con Macerata, Olona con Milan, Panaro con Módena, Passeriano con Udina, Piave con Belluno, Reno con Bolonia, Rubicone con Forli, Serio con Bergamo, Tagliamento con Treviso, Tronto con Fermo.

(2) « Napoleón tenía el designio de regenerar la patria italiana, reunir á los Italianos en una sola nación independiente... este era el trofeo inmortal que levantaba á su gloria... Todo estaba dispuesto para crear la gran patria italiana... El emperador esperaba impaciente un segundo hijo para llevarlo á Roma, coronarlo rey de Italia y proclamar la independencia de la hermosa península bajo la regencia del príncipe Eugenio. » (Mem. dictadas á Montholon.) — Pero en el destierro Napoleón pensaba, ó bien los suyos le hacían decir todo lo contrario de lo que decía cuando estaba en el trono.

» oro y vuestra sangre; el reino de Italia que os prometen es una quimera: la realidad que tocáis es la conscripción, son las contribuciones, la opresión de todo género, la nulidad de vuestra existencia. Si Dios ayuda los esfuerzos del emperador Francisco, Italia volverá á ser feliz y respetada en Europa. Una constitución fundada en la naturaleza y en la verdadera política hará al suelo italiano venturoso é inaccesible para cualquiera fuerza extranjera. Europa sabe que la palabra de Francisco es sagrada, inmutable, pura. Despertad, Italianos; recordad vuestra antigua existencia; os basta quererlo para ser tan gloriosos como vuestros mayores. » Algunos, en la Valtellina dieron oídos á este lenguaje y tomaron las armas. También un tal Passerini, cura de Vall'Intelvi, creyó que pues Napoleón había prometido la independencia y despues faltado á su palabra, bastaba una voz para sublevar á los pueblos en defensa de su derecho, y con unos cuantos clérigos y aldeanos y algun fusil roñoso y barras de hierro proclamó la independencia. Pero un puñado de soldados desbarató los planes de estos insurgentes, que pagaron rigurosamente su osadía en los patibulos.

El presupuesto del reino de Italia fué siempre creciendo, tanto que en los últimos años ascendía á 120.000.000, una gran parte de los cuales se consumía en el país para mantener el ejército francés. Prina, ministro de hacienda, era fecundísimo en recursos para satisfacer las crecientes exigencias del emperador, y sabía disponer los presupuestos con tal arte que de ellos aparecía el país en un estado de increíble prosperidad. Entretanto el reino, y especialmente Milan, se manifestaba vigoroso y fuerte, si bien con una prosperidad y una fortaleza de parada, que conocía no ser duradera todo aquel que la veía tan costosa y establecida sobre la desenfrenada codicia de mando y de ostentación. La Revolución, si bien trasplantada á Italia sin haber recibido desarrollo ni madurado con larga experiencia y pasos sucesivos y espontáneos como en Francia, todavía había difundido muchas nociones verdaderas, muchas ideas justas, generosas, conformes con el espíritu de la época, y echó raíces en el país, aunque fueron sombra perjudicial para sus frutos un poder sin límites y una guerra sin fin. Escuelas, artes, industria, obtuvieron un favor, desusado bajo el dominio de los antiguos señores, y los ingenios pasaron del chichisveísmo y de las frívolas é insustanciales ocupaciones á cosas mas útiles, á los empleos, al ejército, á los cuerpos facultativos. En los consejos de Estado, en las arengas públicas se renovaba la elocuencia política, y Napoleón que en el vértigo de la gloria insultó á los Italianos, llamándolos á todos cobardes, infames y despreciables, decía en su destierro: « Los Italianos no son volubles ni metafísicos: tienen la bastante rectitud de lógica y la suficiente despreocupación para conocer sus intereses. ¡ Pobres Italianos! ya están divididos

» otra vez y desesperanzados. » En Venecia hizo ensanchar el puerto queriendo hacerle á propósito para buques de gran porte y proteger el Estuario con obras hidráulicas. Meditaba también la construcción de arsenales en Ragusa, en Pola, en Ancona y principalmente en la Spezia; construyó uno en Génova; facilitó el paso de los Alpes y del Apenino, además de las comunicaciones interiores; había decretado la unión del Adriático con el Mediterráneo por medio de un canal desde Alejandria á Ravena, y en su tiempo el canal de Bolonia acertó el curso del Rhin, y el de Pavía unió el lago de Como con el Adriático. En Milan se concluyó la fachada de la catedral y se comenzó el arco del Simplon; se instituyó una escuela de mosaico para eternizar la Cena de Leonardo que iba deteriorándose; se encomendó á Cánova el Teseo para adornar la plaza Real (1) y á Amici la construcción, en las fábricas de Pavía, de un espejo de reflexión de cinco pies de diámetro. En Roma se sacaron los escorbros que obstruían muchos edificios antiguos, señaladamente el Foro de Trajano, y se proyectó la desecación de las Lagunas Pontinas. Alejandria, Génova y las Lagunas Venecianas aumentaron sus medios de defensa con los fuertes de Malghera y Brondolo, y se hizo inexpugnable Ancona. Todo esto en tiempo de agitaciones, entre guerras continuas y entre la manía insaciable de nuevas conquistas.

Verdad es, sin embargo, que la juventud italiana era educada para sacar de ella soldados, no ciudadanos; toda la retórica consistía en la obligación de adular temblando al vencedor; ni aun se concedía la libertad del silencio, y el que hablaba mal de los elegidos por él, era reo contra él. Escribía el *Diario Italiano* un tal Guillon que despreciaba á los Italianos, llamándolos ineptos para la filosofía, para la táctica, para la poesía, para la música, y exhortándolos á escribir con preferencia en frances; lo cual hizo creer que la intención de Napoleón era introducir este idioma en los actos públicos. Había también comedia francesa estipendiada por el gobierno, y en las tertulias se hablaba frances, porque así se usaba en la corte. Monti, Giordani y otros de aquella escuela prodigaban incienso al inmortal, al dios, y á los dioses que lo rodeaban; un periodista llamado Lattanzio que se atrevió á tocar á las glorias napoleónicas, fué encerrado en una casa de locos, y también fué preso Juan Bautista Giovio, porque se creyó despreciativa la palabra *cinta* con que se atrevió á nombrar la condecoración de la Corona de hierro. Fóscolo en su *Ajax* decía algunos versos en que deploraba que se hubiese llevado á tantos jóvenes á « arrojárse en tumba extranjera y á vivir consagrados á la muerte: » hicieron prohibir aquella tragedia, castigar al censor y desterrar al autor á Toscana (2).

(1) Este y la Cena fueron enviados á Viena por los dominadores que vinieron despues.

(2) Este autor, no obstante su fortaleza de alma, escribió al virrey una carta de excusa que hoy ciertamente no la

En cuanto al resto de Italia, Parma y Plasencia, fueron reunidas al imperio como departamento del Taro. Luca, trastornada en 1800 por los diversos conquistadores que sucesivamente la ocuparon, fué despojada de su dinero y de sus armas, hasta que en 1801 Saliceti la organizó en República democrática (1), decretando la amnistía y la formación del catastro. Cuando Buonaparte se hizo emperador, se obligó á los ciudadanos á pedirle una nueva constitución, abriendo en las parroquias los acostumbrados registros, falaz testimonio del voto público. Con una libertad de sufragio muy parecida á esta, solicitaron despues por señores á Félix Baciocchi, príncipe de Piombino, y á su mujer Elisa, hermana de Napoleón, con solo la reserva de quedar exentos de la contribución de sangre; y así concluyó otra república que había durado seiscientos treinta y nueve años.

Massa y Carrara fueron agregadas á este territorio en la parte administrativa, así como la Lunigiana, con lo cual se aumentó el principado de Luca con dos millones mas de habitantes, con el objeto de hacerlo feudo ducal del imperio. Abolidos por orden de Napoleón los conventos, las obras pías y hasta los simples beneficios legos, adquirió este pequeño principado un patrimonio de 20.000.000 de francos, con los cuales la viva é ingeniosa Elisa, Semíramis de aquel país, supo atesorar para sí, y entre tanto dotar hospitales, socorrer á pobres é inválidos, abrir caminos, fomentar los estudios y las bellas artes. Entónces se fundaron nuevos colegios, y una academia que comenzó la importantísima publicación de los *Documentos* de la historia de Luca; se construyó un acueducto para surtir la ciudad, y se reformaron las leyes penales y de procedimientos.

Por el tratado de Luneville el infante de Parma había llegado á ser rey de Etruria. Este murió (27 de mayo 1803) dejando un niño de cuatro años bajo la tutela materna, y entónces Napoleón hizo saber al gabinete de Madrid que pensaba ocupar la Toscana á fin de que no sirviese de apoyo á los Ingleses. Carlos IV de España se encargó por sí mismo de custodiarla y envió á este país cinco mil hombres; pero cuando los Franceses invadieron la España, la Toscana fué organizada á la francesa por el Egipcio Menou y erigida en gran ducado para Elisa, la cual entónces abandonó á Luca (1809) al cabo de cuatro años de residencia (2).

Napoleón mientras su hermano José estuvo en Nápoles le dirigió reconvenções en tono de

escribiera nadie: tan distantes estamos de la abyección de aquella época.

(1) Consta que en diversas veces se dieron por el tesoro de Luca á Saliceti en secreto 618.750 francos. Así se pagaba la libertad. Véase *Mazzorosa*.

(2) La Italia francesa (no incluyendo lo que se llamaba reino de Italia) producía á Francia 40.000.000 de francos, de los cuales 18 servían para el pago de la administración, de la policía, de los caminos, y los 22 restantes para plazas fuertes y manutención de ciento veinte mil hombres que protegían el país. Véase Thiers, *Hist. du Cons. et de l'Empire* tomo VIII.

Luca
y
Tosca-
na.

1805.
23 de
junio.

Reino de Nápoles.

amo, llamándolo débil, perezoso, vano é irresoluto; acusándolo de querer tener un ejército sin imponer contribuciones; echándolo en cara que no tomaba á Gaeta, y afeándole que no se preparase para la expedición á Sicilia. « Nápoles, le decía, debe producir cien millones de francos, como el reino de Italia, y treinta bastan para pagar cuarenta mil hombres. Vuestros aduladores os dicen que sois amado por vuestra moderación. ¡Locura! pierda yo mañana una batalla en la márgen del Isonzo y veréis lo que valen vuestra popularidad y la impopularidad de Carolina. Tendréis en este caso que refugiarnos en mi campo, y es triste la figura que hace un rey fugitivo y vagabundo. No se os ponga tampoco en la cabeza formar un ejército napolitano, pues os abandonaré al primer peligro y os haría traición pasándose al servicio de otro amo. Formad tres ó cuatro regimientos y enviádmelos; que yo con la guerra les daré disciplina, valor, sentimientos de honor y fidelidad, y os los volveré á mandar capaces de constituir el núcleo de un ejército napolitano. Entretanto tomad Suizos á sueldo, que yo no puedo dejaros cincuenta mil Franceses, ni podría aun cuando estuviérais en situación de pagarlos. En las Calabrias tenéis algunas columnas móviles de Corsos. » Y aquí exponía un plan para defender el reino napolitano con pocas tropas distribuidas desde Nápoles hasta lo interior de las Calabrias, tomar á Gaeta y crear una gran plaza fuerte en el centro del país, donde el rey pudiese encerrarse con su tesoro, sus archivos y los restos del ejército, y resistir seis meses á sesenta mil Ingleses y Rusos. Nápoles no le pareció punto á propósito para esto, cuanto mas que un rey extranjero no vive sin peligro en medio de una población numerosa, necesariamente enemiga. Castellamare fué el que mejor le pareció al efecto, y quería que se destináran para fortificarlo cinco ó seis millones anuales por espacio de diez años (1).

Después Napoleón quitó á José aquel trono según hemos dicho, y puso en su lugar á Joaquín Murat, soldado de fortuna, excelente para un ataque ó para una parada, mucho mas que para gobernar. Este juró el estatuto que en Bayona había dado su predecesor, pero jamás lo puso en ejecución. Sin embargo, apenas tomó posesión del trono, mitigó muchos de los rigores que el estado de guerra había producido; puso en vigor los códigos franceses y las leyes contra el feudalismo; suprimió los monasterios que poseían bienes, dejando solo los de frailes mendicantes; prohibió á los obispos imprimir sus pastorales sin previa aprobación del gobierno; fundó una sociedad de agricultura en cada provincia, dándoles terrenos para los experimentos; estableció en Nápoles un jardín botánico,

1808. Murat, 13 de julio.

6 y 7 tiembre.

(1) Cartas de Napoleón del 6 de marzo, 22 de abril, 9 de agosto y de 2 de setiembre de 1806, citadas por Thiers, *Hist. du Cons. et de l'Empire*, lib. XXV.

y declaró monopolio del Estado el cultivo del tabaco.

Por imitar la ambición del emperador, quería tener muchos soldados, cuidándose mas del número que de la calidad de sus tropas. Acostumbrando al pueblo á la conscripción, formó un ejército regular de sesenta mil hombres y una guardia nacional de veinte mil, multiplicando los grados, haciendo vestir lujosísimos uniformes, pasando continuas revistas, y estableciendo escuelas de ingenieros y de artillería. No resignándose como José á vivir en indecorosa vecindad con el enemigo, atacó á Caprea que estaba en poder de los Ingleses y defendida por Hudson Lowe, futuro carcelero de Napoleón, y la obligó á capitular. Rotas las hostilidades en 1809, Stewart y Carolina, que estaban en Sicilia siempre alerta para recobrar la tierra firme ó alterar á lo menos su tranquilidad, se prepararon con armamentos, y una expedición anglo-siciliana se dirigió sobre Calabria (junio de 1809), con sesenta buques de guerra; doscientos seis de transporte, y catorce mil hombres de desembarco, sin contar los guerrilleros que saltaron en tierra en varios puntos. Nápoles presenció el espectáculo de una batalla en su golfo; pero acordándose de Nelson, rechazó con poderoso esfuerzo á sus irreconciliables amos. Los Ingleses desembarcaron en Prócida; en Ischia encontraron resistencia, y en Sicilia se vieron obligados á reembarcarse. Entonces renovaron la guerra, las intrigas y las amenazas, intentaron desembarcos en el Adriático, y enviaron partidas de malhechores hasta Roma, donde Miollis se habría hallado en grande apuro, si Joaquín no lo hubiera socorrido con tropas. La batalla de Wagram quitó á los agresores la esperanza de triunfar; pero quedaron á millares los insurgentes en la Pulla, en la Basilicata, en la Calabria, y Carolina atizaba continuamente la insurrección en el país, y el furor de los enemigos del nombre francés en el extranjero.

Joaquín trató de efectuar un desembarco en Sicilia por imitar el proyecto de Napoleón en Boulogne; pero los Ingleses se apercibieron para rechazarlo y comenzó en el mar una guerra de salteadores con grande efusión de sangre, muchos gastos y ningun resultado. Esta dió ánimo en Calabria á los insurgentes, á los cuales se daba caza con furor propio de Bárbaros, rompiendo todos los lazos de la naturaleza. ¡Ay de quien los ayudaba ó escondía! ¡Ay de quien no los descubría! Un padre fué condenado á muerte por haber dado pan á su hijo; la esposa de otro después de haber parido confió el recién nacido á una mujer de Nicastro, y esta fué denunciada por haberlo admitido y condenada á perder la vida. El general Manches se constituyó en feroz ejecutor de tan feroces órdenes, y así con crueldades suplicios se obligó á los insurgentes á callar y esperar.

Parece cierto que Joaquín instó á Napoleón para que se llevase á Francia á Pio VII, con el deseo de quedarse entre las manos con alguna

25 de julio.

provincia; pero la tiara ultrajada se hizo objeto de mayor veneración; la Italia se postró ante el preso, y la disensión religiosa dió nuevo pábulo al descontento y al deseo de emanciparse de los extranjeros. También tuvo Joaquín caprichos de independencia italiana, cuando Napoleón, cada vez mas enorgullecido, pretendió reducir á la condición de vasallos á los reyes sus hechuras. Con este motivo comenzó á excluir á los Franceses de los empleos y de la milicia y á resistir el cumplimiento de las pretensiones imperiales; y reconvencido agriamente por Napoleón, surgió entónces entre los dos aquella enemistad que en tiempos de desgracia vino á redundar en daño de Italia y de ambos.

Tantas vicisitudes habían reanimado entre los Italianos el espíritu militar. El Piamonte unió sus armas á las francesas, especialmente después de incorporado al imperio; Génova, fortificada como Alejandria, debía pagar tres millones de francos para la marina, tener un arsenal de construcción, y mantener á lo menos dos navios de sesenta y cuatro cañones, dos fragatas y cuatro corbetas. La cisalpina, apenas creada, armó la guardia nacional y cuerpos regulares de jóvenes que se imprimían en el brazo con instrumentos punzantes las palabras *república ó muerte*; este territorio dió desde el principio valientes oficiales como Lahoz, Fantuzzi, Pino, Teullié, Balabio, Fontanelli, Rossignoli, Porro, Pittoni y otros que dieron buenas pruebas de su valor en las batallas de Arcole y Bassano, en la toma de Mantua, Faenza y Ancona, y en otras acciones. En 1801 el ejército cisalpino fué aumentado hasta veintidos mil hombres; la República italiana agregó á estos una reserva de sesenta mil compró á la francesa los cañones de sus plazas, por cuatro millones, y tomó á sueldo dos medias brigadas y un regimiento de caballería ligera polaca. Tuvo también dos equipajes de puente, parques en Mantua y Pizzighettone, mil seiscientos gendarmes, y un regimiento de granaderos para la guardia del gobierno, además de la guardia nacional, que se componía de todos los ciudadanos desde la edad de diez y ocho años á la de sesenta.

En 1803 una división á las órdenes de Teodoro Lecchi hizo la guerra con los Franceses desde Génova hasta Nápoles, mientras otra mandada por Pino se ejercitaba en Boulogne para invadir la Inglaterra, para cuya empresa habían ofrecido los Italianos cuatro millones de francos destinados á la construcción de dos fragatas, el *Presidente* y la *República*, y doce lanchas cañoneras con el nombre de los doce departamentos. Establecido el reino, el ejército dió de sí buena muestra en la esplanada de Montechiaro, y habiendo amagado los Borbones de Nápoles con un movimiento, Eugenio reunió un campamento de guardias nacionales entre Módena y Bolonia, concediendo á cada departamento el honor de enviar á aquel de quinientos á mil hombres, gente nada á propósito para este ejercicio y arrancada de sus casas. Aumentóse la conscrip-

Valor italiano.

ción, siempre desagradable á un pueblo no acostumbrado, y para que las clases elevadas no se librasen poniendo sustitutos, Napoleón instituyó el cuerpo de vélites para la guardia, cada uno de los cuales debía recibir de sus familias doscientos francos al año, y creó un regimiento de dragones de la guardia, dos compañías de artillería de á pié, una montada, otra de marineros, además del antiguo regimiento de granaderos, y los guardias de honor, cada uno de los cuales recibía asimismo de sus familias mil doscientos francos. Sin embargo, los Italianos se habituaron á las armas; en breve tuvimos cuerpos de ingenieros y de marina, parques en las Marcas y en las Legaciones, fundición de cañones en Brescia y en Pavia, colegios de huérfanos y escuelas para jóvenes, hospitales y casas de asilo para los veteranos, y el antiguo valor renació con las escuelas, con las banderas y con el galardón prometido ó esperado.

En las campañas de Alemania y de Italia los Italianos se mostraron animosos y ardientes en combatir, y cuando Beauharnais y Macdonald, después de la sangrienta batalla de Raab (14 de junio de 1809), se unieron á Napoleón llevándole el ejército de Italia, el emperador los saludó de esta manera: « Habéis llegado gloriosamente al punto que os indiqué, y el Semering ha visto vuestra unión con el grande ejército. ¡Bien venidos! estoy satisfecho de vosotros. Sorprendidos por un enemigo pérfido antes que vuestras columnas se reunieran, tuvisteis que retroceder hasta el Adigio; pero cuando recibisteis la orden de marchar adelante, estabais ya en el memorable campo de Arcole, y jurasteis por los manes de nuestros héroes alcanzar la victoria. Este juramento lo cumplisteis en las batallas del Piave, de San Dionisio, de Tarvis, de Goritz; tomasteis por asalto los fuertes de Malborghetto y de Predill, y obligasteis á capitular á la división enemiga refugiada en Lubiana. Todavía no habiais pasado el Piave, y ya veinticinco mil prisioneros, sesenta piezas de artillería y diez banderas daban testimonio de vuestro valor. El Drava, el Sava, el Mür no pudieron deteneros un instante. La columna austríaca que entró primero en Munich y dió la señal del estrago en el Tirol, cercada en San Miguel, cayó al impulso de vuestras bayonetas. Habéis dado pronta y buena cuenta de los restos que se libraron de la cólera del grande ejército. ¡Soldados! el ejército austríaco que por un momento infestó con su presencia mis provincias y pretendía romper mi corona de hierro, derrotado, aniquilado, disperso, gracias á vosotros, mostrará que es verdadera aquella divisa: *Dios me la dió ¡ay de quien la toque!* »

Con otras proezas se señalaron los Italianos en la fatal guerra de España, de la cual apenas volvieron nueve mil, habiendo entrado treinta mil; pero no militaban sino á las órdenes de mariscales extranjeros. Los Napolitanos que ha-

Batalla de Raab.